

Los borrachos

Los borrachos



Rubén Martínez Valderrama

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: junio 2026

Depósito legal: SE 2040-2026

ISBN: 979-13-7060-082-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Rubén Martínez Valderrama
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

«Pues mira, la verdad, yo no sé si están más borrachos ellos ahí fuera o nosotros aquí dentro».

Anónimo
L'Hotelet, marzo de 2019
Begues, Barcelona

A Paco Soler Batlle.

Si tiene usted alguna borrachera y lo encuentra, quizás pueda contratarlo.

EL HOTEL DE BEGUES

El día que decidí salir de aquel hotel de Begues, Barcelona, llevaba ya casi dos meses allí encerrado.

Se nos estaba acabando la comida y apenas cabíamos, en buenas condiciones, las treinta y dos personas que ocupábamos las veintitantas habitaciones y otros tantos rincones que habíamos acondicionado para dormir. Esto es, el cuarto de la lavadora, la cocina, la recepción y los baños. También el cuarto de basuras.

Todos los que estábamos allí aguantábamos aun sin beber alcohol. Ahí fuera, la mayoría de la población estaba completamente borracha. O eso creíamos.

Albergábamos aun la esperanza de que existieran otras comunidades de gente sobria como la nuestra. Pero no estábamos seguros de ello. Todavía era todo muy reciente y confuso.

Las noticias que nos llegaban por la radio, televisión e internet no eran muy alentadoras.

Presentadores, reporteros, concursantes, actores, actrices, entrevistadores, entrevistados, todos completamente borrachos. Además, las señales de emisión empezaban a fallar. Constantes empezaban a ser los cortes de luz, de la red wifi y de agua y gas.

Las redes sociales se inundaban de mensajes indescifrables en Twitter de gente que no atinaba a escribir bien. Además, el odio se había descontrolado tanto en tuits propios como en

retuits y respuestas de todo tipo. Este Gobierno es fascista, decía uno. ¡Capullo!, contestaba otro antes de añadir «Disfruta lo votado». Ese era el tono general. Me cago en tu puta madre, estás rompiendo España, le decía un reconocido cantante andaluz al presidente del Gobierno. Y así, todo.

En redes de otro tipo como TikTok o Instagram, los mensajes eran similares en cuanto a gramática y ortografía, pero más cariñosos. Y aunque la mayoría apelaban a la vida y a la salud física y mental, el alcohol estaba empezando a provocar demasiadas muertes como consecuencia de la demostración desmedida de alegría, jolgorio y felicidad.

La gente estaba empezando a saltarse todas las barreras del miedo y la prudencia, haciéndose fotos y grabándose vídeos en los lugares más altos e inhóspitos: un acantilado, la cima de una montaña o en lo alto de cualquier edificio alto. Cuanto más alto, mejor.

Así que empezó a morir gente feliz de repente. Unos cayendo de lo alto de las rocas o rascacielos, *selfie* mediante, y otros en accidentes de carretera.

A su vez, aquella pandemia trajo consigo la aparición de diferentes grupos de diferentes ideologías y facciones, unos más peligrosos que otros.

Los *coaches*, por ejemplo, eran borrachos generalmente sin ningún tipo de estudio académico que le explicaban a la gente cómo ser más felices. Lo hacían de una manera sibilina y convincente. Nosotros, los que todavía estábamos sobrios, debíamos ponernos tapones en los oídos en cuanto aparecía un *coach* por

alguna parte. Estaba prohibidísimo escucharlos. Muchos compañeros habían caído tratando de desafiar a la naturaleza pensando que podrían soportar sus recomendaciones.

Otro de estos grupos eran Los del Yoga. Yo siempre recomendaba guardar distancias con ellos, porque, aparentemente inofensivos, podían llegar a dejarte flotando y sin respirar hasta provocarte la muerte. Antes de la pandemia iban y venían de la India como si no hubiera un mañana y ahora se veían forzosamente atrapados debido al cierre del tráfico aéreo. Eso les hacía más peligrosos.

Los *coaches*, en cambio, estaban bien consigo mismos estuvieran donde estuvieran. Tienes que estar bien estés donde estés y ser feliz con lo que tienes, repetían.

Si no tuviéramos bastante con los *coaches* y Los del Yoga, un tercer grupo, cada vez más numeroso, campaba a sus anchas por todas partes, en estos tiempos de pandemia: Los Negacionistas.

Los Negacionistas lo negaban todo. Negaban la medicina, negaban que la Tierra era redonda, negaban los efectos nocivos de la exposición excesiva al sol y cualquier cosa que les pareciera había que negar. No negaban, en cambio, el consumo de alcohol. Pero todo lo demás, todo lo que caía en sus manos, era negado. No, no y no.

Bien, la cuestión, en cualquier caso, es que el alcance de esta alcohólica pandemia parecía no tener cura ni remisión.

Por otra parte, los políticos tradicionales se querían mucho. La borrachera les había salido por ahí, por la parte del amor. Y como se querían tanto no llegaban nunca a ningún tipo de acuerdo y acababan discutiendo por querer todos que se hiciera lo que quería el otro. Entrados en ese bucle, no hacían nada, y acababan abrazados y, en

algunos casos, dándose picos, esto es, besos en la boca. Convocaban comisiones para investigar por qué no se hacía lo que pensaba el otro, si eso era lo mejor. Y se interrogaban los unos a los otros.

Las discotecas se convirtieron en poco tiempo en refugio improvisado para mucha gente de mi generación que rondaba los cincuenta años. Durante la tarde, a partir de las seis, todos corrían a esconderse en cualquier tipo de bar, pub o disco de moda. Escuchaban música de los noventa, trataban de hacer nuevas amistades y, en algunos casos, ir mucho más allá, y encontrar el amor. Aquello era inquietante. Muchos grupos de música olvidados se volvieron a poner de moda. Y la gente se empezó a divorciar.

Aquellos tardeos, como así llamaban a estas fiestas los miembros de la secta que las crearon, empezaron a propagarse sin medida por todo el país. Con el paso del tiempo, las calles se llenaron de divorciados y divorciadas vagando sin rumbo. Aquello suponía un grave problema de salubridad pública y era una mecha para la propagación de la pandemia alcohólica. A mayor tristeza, más alcohol se consumía.

Mientras tanto y, estando la cosa así en el mundo, yo echaba de menos mis rutinas, poder salir a pasear, ir a trabajar, ver un partido de fútbol, echar la partida con mis amigos en el bar. Estaba realmente cansado de aquel encierro en el hotel de Begues.

Cada vez que intentaba salir de allí era una pesadez. Si no se me acercaba uno mostrándome su total afecto, se me acercaba otro llorando para hablarme de su ex. Si no era el violento el que me venía amenazante eran los modernos festivaleros los que me bailan alrededor cantando canciones de Dorian o Love of Lesbian.

Cuando salía de aquel lugar y había avanzado apenas unos metros, tenía no menos de a unas cien personas rodeándome e invitándome a beber, a correr, a llorar o a ser feliz.

Desistía una y otra vez de la fuga. Me tenía que volver. Triste, que eres un triste, me gritaban a lo lejos.

Sea como fuere, al final tomé la decisión de salir de allí. No sabía nada de Elena, mi exmujer, ni de Marta, mi hija. No contestaban a mis llamadas ni a mis correos. ¿Estarían borrachas? Se ponían chispitas en Navidad, pero nunca habían sido muy de beber. Confiaba en encontrarlas sanas. O con el puntito gracioso como mucho. La incertidumbre me estaba pudiendo. Sufría por ellas. Y no soportaba no saber nada de ellas. Me ponía muy triste. Y cuando estoy triste bebo. Y no quería beber.

Así que decidí que iba a abandonar aquel refugio para ir a buscarlas.

Además, sospechaba que Jordi, mi compañero de cuarto y aventura con el que había llegado al hotel, estaba infectado o eso parecía. Vocalizaba de una manera muy sospechosa desde que lo había conocido: «¿ME PAAA SAS POR FA VOR EL MAN DO DE LA A A TE EE LE?».

Me recordaba demasiado a mí cuando de jovenzuelo llegaba a casa de mis padres a las cinco de la mañana y entraba en la habitación para decirles que ya estaba en casa. Venía ensayando la frase desde que salía del último garito: «YA-ESTOY-EN-CASA».

Bueno, el caso es que a Jordi le tenía cogido cariño. Tenía que llevármelo conmigo de aquel hotel de Begues, antes o después, le descubrirían los demás.